

to de la Vega en los confines de Asturias, con intención de trasladarse después á una fragata inglesa, pero los elementos parecían haberse conjurado también en su contra; pues no permitiendo salir al mar le detuvo en aquel miserable rincón de la Vega hasta que fue acometido de una ejecutiva pulmonía que en dos días terminó su existencia en 27 de noviembre de 1811 á los 66 años de su edad.

Muy pronto se divulgó por toda España la muerte del Excmo. Sr. D Gaspar Melchor de Jove Llanos con general sentimiento de la nación y particular de sus tribunales, sociedades y academias científicas; y las cortes generales y extraordinarias, reunidas en la isla de León, queriendo dar un testimonio público á la grata memoria de este ilustre español, le declararon por un decreto especial *benemérito de la patria*.

## EL LAGO DE CARUCEDO.

TRADICION POPULAR.

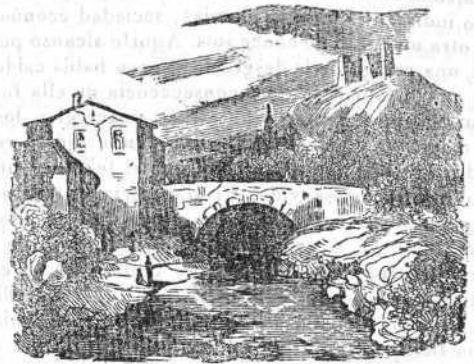
INTRODUCCION.



acia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y después de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilatase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcázase á ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, anido y terso á manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificados en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rogizas y listadas de colores; los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanda oscilacion de las aguas convierte á veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellecese mas y mas segun se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen aun mas adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de *canoas* merecian, pues que se reducen á dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de *Lago* sobre un altozano de suavísima inclinacion que parece bajarse á beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por defuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco mas arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura á raíz de las cuevas y cimas áridas y negruzcas del *Monte de los Caballos*, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro enerrado en un marco obscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de *Carucedo* en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma direccion y sobre las crestas de los montes mas lejanos se distinguen las almenas y muralias del *castillo de Cornatel*, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansion de barones y caballeros antiguos.



Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las *Médulas*, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantisimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demas vistosos, á modo de árboles de desmayo ó de guirnalda verdes y lustrosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo mas desviadas, y á diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta mas enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco mas allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago y hacen en el estío perpétua y deleitable sombra.

Si á esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginacion el humo de las caleras que de ordinario arden alrededor; el trinar y el revolver de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, activa y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan á grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como el *lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba á mas andar al término de su carrera, cuando un viagero jóven, que largo tiempo habia estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo, y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atencion de nuestro viagero; y en verdad que nada tenia de extraño el ademan de distraccion apasionada y melancólica en que iba sentado á la punta de aquella primitiva embarcacion. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas

y sombrías del *Monte de los Caballos* enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte, y en su estremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ranos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de espléndidas é imaginarias tintas, matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las armas mas sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado á despuntar en el confin mas remoto del oriente, cárdeno y corfuso á la sazón, venia á embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.



El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, mas que otra cosa parecia un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente, que en derechura guiaba á aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginacion en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas mas escogidas, y en colorarlo con sus mas hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y á solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, á manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba (y así era) de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría á las impresiones de la vida, como una fler al rocío de la mañana, cuando era su alma entera campo de luz y de alegría, verjel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la mas liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el mas tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte mas noble de su ser, y en que arrebatado á vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tier-nísimo y divino Fr. Luis de Leon:

«¡Morada de grandeza!  
¡Templo de claridad y de hermosura!  
El alma que á tu alteza

Nació, ¡qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?»

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

«¡Ah señor! mire; allí por bajo de *lago* húbole en otro tiempo un convento.»

Aunque no muy satisfecho el jóven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo mas acerca del convento inundado y sorbido por las aguas, le contestó:

—Vamos, tu sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga, repuso el barquero, no le sé toda la historia; pero si quiere deprenderla, mi tío D. Atanasio el cura dejónos un proceso muy grande de su letra todo que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos, le replicó su compañero, tu algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si á sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra no habria escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante exámen, hubo de dejar asomar á sus labios una ligera sonrisa, con que desconcertado y mohino el barquero le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir mas sino que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya, repuso el otro, endereza hácia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Vegaron con efecto hácia allá; amarró su *piragua* el aldeano, y tomando la vuelta de *Carucedo*, volvió á poco rato con los papeles de su tío el cura diciendo al viajero: —Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa solo se leer yo, y escribir también, añadió con énfasis, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenia cuasi revesada la letra, cánsaneme mucho los ojos. Además que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice. —

Agradeciólo el viajero el presente con corteses razones, y sobre todo con un cortés peso duro que hizo reir el alma del paisano; el cual dando un millon de vueltas en la mano á su sombrero de paja, y deseando á su compañero mil años de vida con un cumplimiento muy prolijo y enroscado, sin duda para probar que sabia algo de letras, se fué mas contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle á nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no habia economizado á fuer de teólogo, lo adobó y compuso á su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar á mal nos atrevemos á publicarlo.

ENRIQUE GIL.

